

NOTAS Y COMENTARIOS

El latín, lengua de la Iglesia

Con este epigrafe publicó *L'Osservatore Romano*, en su número del 25 de abril de este año, un extenso y documentado editorial, cuyas ideas, por la trascendencia que encierran, merecen la máxima difusión. «Ecclesia», órgano de la dirección central de la Acción Católica Española, lo ha reproducido íntegro en las páginas del número 1.032 (XXI, 1961, 491-494). Dicho editorial constituye tal vez la defensa más vigorosa y a fondo que se ha hecho del latín, no sólo bajo el punto de vista de su valor litúrgico, sino también como instrumento de sólida formación cultural y fuente de espiritualidad. Como el editorial es excesivamente largo, ante la imposibilidad de reproducir íntegramente el texto del diario vaticano, me ha parecido oportuno condensar a continuación las ideas más salientes lógicamente ordenadas en las tres partes en que está concebido el artículo editorial: I, Cualidades de la lengua que la Iglesia necesita; II, Ventajas del latín en el orden cultural; III, El latín debe ser lengua de uso corriente en la Iglesia.

I. El editorialista comienza haciendo resaltar que la lengua latina es llamada, y con razón, lengua de la Iglesia, no porque no pueda subsistir sin dicha lengua, ni porque trate de anular con ella las lenguas y culturas nacionales, ni porque esté empeñada en imponer el latín a aquellas liturgias de ritos orientales, que conservan sus propias lenguas antiguas o modernas; sino sencillamente, porque ha sido y sigue siendo en todo el Occidente compañera inseparable de la religión católica, y tal como está en vigor hoy día en gran parte de la Iglesia, el latín es signo y vínculo a la vez de unidad religiosa y continuidad de doctrina. El hecho de la simbiosis latín-Iglesia sigue siendo todavía realidad grandiosa, importantísima e inseparable de la concreta situación histórica, y esto por el triple carácter que al latín, como a ninguna otra lengua, compete: su universalidad, su inmutabilidad y su prestancia.

En primer lugar su *universalidad*.

Si en los discursos dirigidos en circunstancias solemnes a este o aquel pueblo los Pontífices usan de buen grado lenguas nacionales, al tener que dirigirse a la familia católica universal, el uso de una lengua nacional, propia de una comunidad concreta, sería un favoritismo que podría mirarse con recelo. El uso en cambio del latín, que no es lengua propia de ningún

pueblo, a ninguno favorece ni perjudica, y con esto cumple uno de los requisitos que debe tener en el orden cristiano la lengua universal.

Además su *inmutabilidad*.

La Iglesia, que tiene que durar hasta el fin de los siglos, exige por su misma naturaleza una lengua que sea lo más fija posible. Sería un peligro para la seguridad del depósito de verdades que la Iglesia atesora tenerlas que ir trasvasando una y otra vez a nuevos moldes. La formulación de dichas verdades sufriría notablemente y, poco a poco, se iría falseando por la diferencia de troquel, que representa cada una de las nuevas lenguas, que se mueven en un vaivén y alteración constante, en su dimensión diacrónica, como atestiguan los lingüistas modernos. El latín, en cambio, libre de las alteraciones que provoca el uso diario de una colectividad en pleno movimiento histórico, vive en una atmósfera de plena e inmutable serenidad y permanente fijeza, propia para conservar incólume, a través de los siglos, el depósito de la fe revelada y de la tradición patristica.

En tercer lugar la *prestancia y señorío* del latín.

La Iglesia no está ciertamente reñida con las lenguas ni con las culturas más humildes. Mas, si por una parte cultiva y usa el oscuro dialecto de una pequeña tribu del Congo o del Amazonas para evangelizar a estos hijos que Cristo le confió, por otra, siente la necesidad y el deber de confiar el depósito de la revelación a una lengua que no se identifique con ésta o aquella de un pueblo particular y que no pueda suscitar rivalidades entre unos pueblos y otros. Aparte de esto el latín tiene acuñadas una serie de fórmulas, consagradas por el uso de muchos siglos, que recogen perfectamente todas las modalidades del dogma católico. Por eso Pío XII llamó al latín «tesoro de riqueza y excelencia incomparable».

II. *El latín, por otra parte, ofrece ventajas incalculables en el orden cultural. En efecto, es la llave de la tradición antigua. Quien ignora el latín tiene cerrada la puerta al tesoro de la antigüedad clásica y se ve reducido a tenerlo que recibir sólo a cuentagotas y de segunda mano, a través de las culturas y literaturas más recientes. Los hechos demuestran que a la decadencia del latín va unida, no una mayor dosis y claridad de ideas, sino un deplorable empobrecimiento doctrinal.*

El latín es también *fuerza de espiritualidad*. Un buen recurso para llegar a saborear los textos litúrgicos y sacar de ellos todo el jugo que contienen es leerlos en su original latino. Aquí alza la voz el editorialista de *L'Osservatore* contra la campaña antilatina dentro del creciente movimiento litúrgico y escribe textualmente estas palabras, que convidan a la reflexión: «La campaña en marcha contra el latín en la Liturgia, enmarañada muy a menudo con especiosos pretextos y deslealmente llevada con una audacia que ha sido calificada de fanatismo iconoclasta, ha enfriado en muchos el amor y la veneración hacia el incomparable tesoro de piedad y de arte que los siglos han acumulado como ubérrimo pasto espiritual del clero y del pueblo cristiano, siempre que se ha sabido conducir, a través de una ense-

ñanza apropiada, a gustar las inefables riquezas de los textos sagrados. Podría alargarse este razonamiento o alegato; pero, para frenar la intemperancia de los audaces —si es que el espíritu de devota aceptación del supremo magisterio conserva todavía su significado— debería bastar lo que afirmaba solemnemente Pío XII después de un congreso en el que la cuestión de la lengua litúrgica había sido expresamente tratada (22-IX-1956): "Sería sin embargo *superfluo* recordar una vez más que la Iglesia tiene *graves motivos* para mantener *firmemente* en el rito latino la *obligación estricta* para el sacerdote celebrante de usar la lengua latina". Palabras amonestadoras que todo sacerdote debería acoger con aquel espíritu propio de quien está pronto a la obediencia y de ella ha hecho su divisa.

El tercer factor a favor del latín es *su alto valor formativo*.

La Iglesia, con una experiencia educativa de siglos, ha sostenido siempre el valor altamente educativo del estudio del latín. Pío XII lo recomendaba a los seminaristas franceses por «su eficacia inigualable para ejercitar y desarrollar las mejores cualidades del espíritu».

Una objeción se ofrece con respecto a la recomendación del latín a todos los candidatos al sacerdocio católico. A los candidatos procedentes de otras culturas, como la india, la china, la japonesa, ¿no les puede parecer que la Iglesia busca con ello la «europeización» de todos los pueblos? La cuestión es delicada, por el peligro que encierra de que la Iglesia pueda parecer partidista en la apreciación de las diversas culturas. El editorialista se adelanta a darnos una respuesta muy atinada: La Iglesia —dice— usa el latín, no porque esta lengua se identifique con una cultura contingente, sino porque, habiendo superado la fase histórica de compenetración con un mundo particular de la política, de la economía y de la cultura, es especialmente apto para ser instrumento de comunicación universal, en la dimensión del espacio y del tiempo; lo usa porque el latín constituye una supercultura que deja intactas las culturas particulares y proporciona, por otra parte, a quien de él se sirve una tal aportación de valores humanos y cristianos, que su adquisición no puede menos de ser considerada como un positivo enriquecimiento, en el orden de la cultura y de la religión.

III. La conclusión de todo lo dicho es obvia. El latín ha sido en la Iglesia y debe continuar siendo *lengua en uso*. El clero debe estar en posesión de esta lengua, de modo que se cumpla en él el deseo de Pío XII, que decía: "*nullus sit sacerdos qui eam nesciat facile et expedite loqui*". Los esfuerzos y el tiempo, que el latín requiere para ser asimilado con suficiente dominio, están por lo demás sobradamente recompensados por los resultados y ventajas múltiples que proporciona. Por eso la Iglesia, y esto es muy significativo, no cesa de insistir en el cultivo de latín. Mientras la polémica en pro y en contra de esta debatida lengua se recrudece en las escuelas y, por intrusiones partidistas y oportunistas, se enturbia con ideas a menudo confusas y superficiales, la Iglesia sigue reafirmando con principios y reiteradas y sabias decisiones su adhesión a la lengua de Roma, como vínculo de

unidad, fuente de cultura e instrumento insustituible para sus futuros sacerdotes.

J. D. Atienza,

Sobre «*lege Plautia interrogatus*»

(SALUSTIO, *De Coniur. Cat.* 31, 4).

A caballo de nuestro quehacer cotidiano en la clase del quinto curso de Bachillerato, nos ha surgido esta disquisición gramatical, que a algu'en pudiera parecer baladí, pero a nosotros nada se nos antoja despreciable, si tiene por meta la clarificación del sentido de cualquier pasaje clásico.

Se trata del valor que deba dársele al ablativo «*lege Plautia*» en el párrafo 4, del capítulo 31 de *De Coniuratione Catilinae*, de Salustio, que dice así: «*At Catilinae crudelis animus eadem illa movebat, tametsi praesidia parabantur et ipse lege Plautia interrogatus erat ab L. Paulo*».

Ha motivado esta discusión la versión que ofrece D. José Manuel Fabón, en su obra «C. Salustio Crispo, Catilina y Jugurta, Vol. I» de la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos. Dice así: «Entre tanto, Catilina continuaba con toda la crueldad de su ánimo sus anteriores maquinaciones, aunque ya se habían tomado medidas de defensa y él mismo había sido sometido por L. Paulo a un interrogatorio *sobre violación de la ley Plautia*» (1).

Bien es cierto que en el Índice de nombres que figuran al final del Vol. II, dedicado a «*Bellum Iugurthinum*», al explicar los datos referentes al autor y al contenido de esta ley, añade: «*Catilina fue procesado en virtud de ella*, pero el proceso fue cortado por la precipitación de los sucesos».

No obstante, lo que pretendemos refutar con las razones que se nos alcanzan, es la traducción primera, que consideramos más auténtica por figurar dentro del texto de la versión completa.

La traducción que nosotros proponemos, de la frase «*et ipse lege Plautia interrogatus erat ab L. Paulo*» es la de que «él mismo (Catilina) había sido acusado (demandado, citado ante el juez) por L. Paulo en virtud de... conforme a..., de acuerdo con..., o según los términos de la ley Plautia», pero no «sobre o acerca de la violación» de la referida ley.

(1) Obra citada, p. 29, Cap. 31, 4. Véase en «*Helmantica*» VI, (1955) 317 y IX (1958) 331 la reseña de esta edición de Salustio.

La discrepancia de ambas traducciones gira, a nuestro entender, sobre el valor que se le ha atribuido al ablativo «*lege Plautia*».

Nosotros creemos que no puede tener otro, sino el de «instrumental» de la acción verbal. Es el «medio» de que se sirve el acusador L. Paulo para «citar en justicia» a Catilina. El verbo «interrogare» es un término usual de la lengua del derecho, y su construcción normal es con ablativo sin preposición, de valor instrumental.

Sólo se legitimaría la traducción «sobre la ley Plautia», en el caso de que el verbo «interrogare» apareciera construido con ablativo con la preposición *de*, de valor separativo o de punto de partida: *interrogare aliquem de aliqua re*.

Aun en este caso creemos que no autorizaría la construcción hipotética anterior: «*de lege Plautia*», para traducirla por «sobre violación de la ley Plautia», sino simplemente «sobre o acerca de la ley Plautia».

Otro argumento a favor de nuestra versión es que el contenido efectivo de la citada ley, que conocemos por la proposición del tribuno M. Plaucio Silvano, no puede autorizar a que se afirme que Catilina, que había violado tantas cosas, hubiera violado también los términos legales de una disposición, promulgada para castigar con pena de muerte a los que turbasen la paz interior con fuerzas armadas: «*ut de eorum capite quaereretur, qui vim armatis hominibus fecissent*».

Tomás de la A. RECIO.

Ultimos grandes libros de arte clásico

Desde hace unos años se vienen publicando diversas series de lujosos libros de arte. Nunca se había dispuesto de tan excelentes medios para estudiar detallada y, en lo posible, exactamente las obras de arte en el recogimiento de la biblioteca. Paradójicamente, cuanto más crece hoy el deseo de contemplarlas en los museos, tanto más disminuye la necesidad del viaje. Sin embargo, tampoco el lujo de estos libros está al alcance de todos, aun prescindiendo de la escasez, lastimosa, de ediciones en español. La profusión de grandes libros es tal que rebasa los presupuestos de las bibliotecas y fatiga la atención de los estudiosos, que sienten ante su acumulación la irritación de lo inabarcable. Los editores rivalizan en la calidad de las reproducciones, en la elegancia de la presentación, y no quiero añadir en la altura de los precios, que justificados y todo como están por las circunstancias que concurren en tales ediciones, detienen la afición más fervorosa. Voy a hacer breve referencia a algunos de los libros más importantes aparecidos estos últimos años en el campo del arte clásico.

En primer lugar, Albert Skira, el editor por antonomasia hoy de libros de arte, ha añadido a su colección «Les grands siècles de la peinture», que ya contenía volúmenes dedicados a la pintura etrusca, romana y bizantina (1952-1953), un nuevo volumen consagrado a la pintura griega: *La peinture grecque*, Geneve, 1959. El texto original es de Martin Robertson, profesor de la Universidad de Londres. Tanto en esas páginas magistrales como en las 100 soberbias láminas en color —a veces un tanto subidas de color—, está reflejada la evolución de la pintura griega, desde la época creto-micénica hasta los frescos helenístico-romanos, conocida en sus periodos centrales casi exclusivamente a través de los vasos.

La serie «Grosse Kunstmonographien» de la editorial Hirmer de Munich está concebida de manera distinta. El núcleo lo constituyen las maravillosas reproducciones, en negro o en color, que en conjunto suelen pasar bastante de los dos centenares en cada libro, hechas en general expresamente para estas admirables obras por Max Hirmer, el más extraordinario fotógrafo de objetos de arte que haya tal vez existido. Su actividad es asombrosa y todos los principales museos de arte antiguo han sido recorridos ya por su certero objetivo. A las láminas precede una introducción, a veces muy breve, con una exposición de conjunto, a cuyo margen se hace siempre referencia a las láminas que ilustran cada afirmación. Esta introducción, así como los sabios, densos, detallados comentarios a cada lámina que, acompañados de planos, bibliografía, etc, cierran el volumen, son siempre encomendados a un famoso especialista. Siete volúmenes de gran tamaño, espléndidos sobre toda ponderación, comprende ya la serie, que es de esperar aumentará todavía. Dos de ellos, el dedicado a Egipto (1. *Aegypten*, texto de Kurt Lange) y el de escultura griega (2. *Griechische Plastik, von den Anfängen bis zum Ausgang des Hellenismus*, texto de Reinhard Lullies) han sido ya reeditados, lo que prueba, en efecto, «la favorable acogida que han tenido lo mismo en los círculos científicos que entre los aficionados al arte», como dice M. Hirmer en la segunda nota preliminar a *Griechische Plastik*. Además, esta obra apareció, en su primera edición (1956), no sólo en Alemania, sino en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Italia, Holanda y Suecia. La segunda edición, mejorada y aumentada especialmente con obras del Museo Arqueológico de Estambul, acaba de ponerse a la venta en los primeros meses de 1961, en el original alemán y en la traducción inglesa. Los otros volúmenes son:

3. *Frühchristliche Kunst, die Kunst der Spätantike in West- und Ostrom*, 1958. Texto de Fritz Volbach. Comprende desde las catacumbas hasta el siglo VI, que es el arranque de

4. *Kunst aus Byzanz*, 1959. Texto de David Talbot Rice, profesor en la Universidad de Edimburgo. Se ha publicado también en el original inglés con el título de *The Art of Byzantium*.

5. *Kreta und das mykenische Hellas*, 1959. Texto de Spyridon Marinatos, profesor de Arqueología en la Universidad de Atenas. Inmejorables fotos en color, no sólo de muchos de los objetos artísticos —algunos hallados muy

recientemente en Pilos por el propio Marinatos—, sino de paisajes y ruinas de Creta y de los señoríos micénicos.

6. *Tausend Jahre griechische Vasenkunst*, 1960. El texto es de Paolo Enrico Arias, profesor de Arqueología en la Universidad de Catania. El Prof. M. Hirmer ha hecho aquí la traducción y ha cuidado la edición alemana, única de que tengo noticia. No se trata de una historia completa de los vasos griegos, sino de una presentación perfecta de los mejores ejemplares de cada época y en particular de los grandes pintores de vasos áticos de figuras negras y rojas. Pocas veces se limita esta presentación a una sola fotografía. Se multiplican las tomas, a fin de que se pueda contemplar el vaso en todos sus aspectos y con frecuencia también sus colores. Es un método que podríamos llamar exhaustivo y que ya ensayó Hirmer en *Griechische Vasen der reifarchaischen Zeit* (München, 1953. Texto de R. Lullies). Se reproducen unos 166 vasos en 292 láminas, de ellas 52 en color. Algunas contienen varias figuras. Es muy frecuente que un mismo vaso, en conjunto o en detalles, se vea en tres o cuatro fotografías. A un ánfora de Cleofrades y a otra de Psiax se conceden cinco reproducciones (dos de ellas en colores). Seis láminas se dedican, por ejemplo, a un ánfora de Andócides, una cratera del pintor de Carneia y un estamno del pintor de Dino. Hasta 13 figuras alcanza una copa de Olto, y 16 el vaso François.

7. *Spina, die neu entdeckte Etruskerstadt und die griechischen Vasen ihrer Gräber*. Se publicó hace ya unos años. Es un volumen más reducido que los anteriores, por tratarse de un tema mucho más limitado: «la ciudad etrusca recientemente descubierta y los vasos de sus tumbas», como dice el subtítulo. El texto es de Nereo Alfieri, director del museo arqueológico de Ferrara, y de P. E. Arias. El primero habla de la historia, la geografía y las excavaciones de esa Venecia de fundación griega, que fue importante centro comercial etrusco. El segundo se encarga de los vasos griegos, con frecuencia muy hermosos, hallados en las 3000 tumbas descubiertas.

Parecida a la serie «Les grands siècles de la peinture» de Skira viene a ser la «Collana Scigno», que está publicando el «Istituto Italiano d'arti grafiche» de Bérgamo. Nos interesa aquí sólo el volumen consagrado a la *Pittura antica in Italia*, de Mario Napoli, 1960. No he podido verlo más que momentáneamente, pero he creído advertir que entre sus reproducciones en color, también magníficas, hay varias que no se ven en otros libros.

Entre las colecciones internacionales (o coediciones, como dicen), hay dos que han obtenido la atención de una editorial española. Una es *El Universo de las formas*, monumental historia del arte, de nueva concepción, dirigida por André Malraux y Georges Salles. Aguilar es el editor español, que ha puesto ya a la venta al menos el primer volumen, *Sumer*, con 600 ilustraciones y texto de André Parrot, el gran descubridor de la ciudad mesopotámica de Marí. Es de esperar que pronto tendremos entre las manos los tomos correspondientes a las formas más estrictamente «clásicas». La otra colección es *Acanto: Historia de la escultura*, coedición inglesa, francesa, alemana, italiana, holandesa, norteamericana y española, dirigida por

Sir Herbert Read y H. D. Molesworth. El editor español es Noguer de Barcelona. Van publicados, que yo sepa, dos volúmenes: I. *El antiguo Egipto*; II. *La Grecia clásica*. Aquí el número de fotografías (que son de F. L. Kenett) no es tan nutrido como, por ejemplo, en las «Grosse Kunstmonographien» de Hirmer: 32 en *La Grecia clásica*, que se reduce al Partenón (mármoles Elguin). Pero son de una gran calidad, de una grata opacidad (sin ese brillo, a veces excesivo, del «couché») y de un tamaño realmente magnífico, que a veces sobrepasa el real del mármol reproducido, como en algunos detalles del friso.

Todavía habría que recordar otros libros que abarcan todos los aspectos del arte de un pueblo, como *Art of the Etruscans*, Thames and Hudson, London, 1955 (126 excelentes fotografías, texto principal de M. Pallottino), o *Die Kunst der Griechen* (500 figs. + 8 láms. en color) y *Die Kunst der Römer* (420 figs. + 8 láms. en color), de Lübke-Pernice y Berta Sarne (Wien, Paul Neff, 1958). Y lo mismo monografías como *Kouroi, Archaic Greek Youths*, de Gisela M. A. Richter (London, Phaidon Press, 1960, 591 figs), o *Dauernder als Erz, das Menschenbild auf Münzen und Medaillen von der Antike bis zur Renaissance* (Wien-München, Anton Schroll, 1958, 176 fotografías de Jean Roubier, texto de Jean Babelon). Pero no debemos sobrecargar esta reseña, que de todos modos no podría ser completa. En otra ocasión hablaremos de las pequeñas colecciones.

Enrique R. Panyagua.